

## LA MECHA HUMEANTE



“Sabido esto Jesús, se apartó de allí; y le siguió mucha gente, y sanaba a todos, y les encargaba rigurosamente que no le descubriesen; para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: “He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi Amado, en quien se agrada mi alma; pondré mi Espíritu sobre él, y a los gentiles anunciará juicio. No contendrá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz. La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio. Y en su nombre esperarán los gentiles” (Mateo 12: 15-21).

McGarvey en su obra “The Fourfold Gospel” interpreta el versículo 20 como sigue: “Jesús no discutió ni peleó con los fariseos; más bien, habiéndolos puesto en silencio victoriosamente, se retira de ellos con mansedumbre y sin alboroto. Sanando a las multitudes que le siguieron, dio cumplimiento a la predicción en cuanto a la “caña cascada” y “el pábilo (mecha) que humea”, símbolos de mansedumbre y de paciencia. Las mechas de aquella época eran de calidad inferior de las que hoy conocemos y frecuentemente humeaban. Un hombre violento, irritado por el humo, apagaría el pábilo o lo echaría fuera de sí. Sin embargo, el siervo del Señor (Jesús) lo mantendría ardiendo pacientemente hasta que llegara a encenderse completamente y fuera una luz resplandeciente. Cristo estaba dispuesto a sanar las debilidades de los hombres (enfermedades y pecados) y a prender de nuevo en ellos una luz brillante de vida nueva”.

Lo que hacía a Jesús tan diferente de los hombres era su paciencia, su misericordia y su prevención..., hasta hacer triunfar su derecho por medio del Evangelio. El dijo que vino a salvar lo que se había perdido (Mateo 18:11). Decía Jesús: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:10). “Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños” (Mateo 18:14).

En la obra redentora del Hijo de Dios se ve claramente el amor y la preocupación profunda por cada ser humano. Nadie se perdería con El sino el hijo de perdición. Conociendo Jesús nuestra flaqueza humana muestra mucha paciencia para que siempre podamos arrepentimos y volver al redil divino. El amor y la paciencia reconcilian. La violencia y la crítica, que demuestran hostilidad espiritual y carencia de amor, separan y destruyen. En Cristo Jesús hemos sido llamados a reconciliar a los hombres con Dios y a mostrar esa mente reconciliadora entre nosotros;

hemos de ser pescadores de hombres. Nuestra conducta nunca debería ser repugnante.



¡Cuánta insensatez se observa en el trato con las personas, y aun con los hermanos débiles en la fe! ¡Cuánta intransigencia y crueldad para criticar, destruir, humillar y herir! Lo que uno edifica en años con mucha sabiduría, otro destruye en un minuto con insensatez y brutalidad; y muchas veces, “en el nombre de Dios”. ¡Cuánta arrogancia impía para echar a perder la fe de las almas que costaron el sufrimiento y la vida del Hijo de Dios! ¡La ignorancia y el fariseísmo han hecho tanto daño! No hemos sido llamados a destruir la obra de Dios, sino a edificarla con paciencia y amor.

En el mundo se perderán las almas; en la Iglesia hay esperanza. ¿Es que no entendemos la mente de Cristo? Aquí debemos recordar las palabras del Señor: “¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra” (Juan 8:43-47). Es preciso tener la mente de Cristo para entender su voluntad. Es preciso oírle a El para hacer lo que es grato a él. Y su voluntad es salvar lo que se había perdido.

Con razón dice Su Escritura: “No contenderá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz. La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará, hasta que saque a victoria el juicio” (Mateo 12:19-20).

Pablo pudo decir: “Yo tengo mis manos limpias de toda sangre”, pues anunció todo el consejo de Dios (Hechos 20:26-27). El Evangelio contiene un profundo mensaje de amor y de reconciliación, de paciencia y de preocupación por nuestros hermanos débiles y errados (Romanos 14:1,4, 10-13; Santiago 4:12). “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio” (Santiago 2:13).

Qué hermoso sería si cada uno de nosotros pudiera hacerse una nueva promesa; una promesa que tienda a mejores relaciones con los hermanos de la fe, y con todos los hombres, para rescatarlos, edificarlos, y amarlos, aun en sus debilidades. “Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Santiago 5:19-20).